

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO CCXXI



MADRID
TOMO CCXXI - CUADERNO III
SEPTIEMBRE- DICIEMBRE DE 2024

DISCURSOS DE RECEPCIÓN COMO
ACADÉMICO DE HONOR DE
D. ÍÑIGO MORENO DE ARTEAGA,
MARQUÉS DE LASERNA



DISCURSO DE RECEPCION DE D. HUGO O'DONNELL, DUQUE DE TETUÁN

Alteza Real, querida directora y colegas de Academia, señoras y señores:

El pasado 17 de junio de 2011, con el marqués de Castrillón presidiéndola, D. Eloy Benito Ruano en la Secretaría y D. Carlos Seco en la Censura, se eligió por el pleno académico, en sesión ordinaria, tras la correspondiente votación secreta y por unanimidad, a D. Íñigo Moreno de Arteaga para ocupar la vacante de correspondiente por Madrid. Había sido firmada, como es preceptivo, por tres numerarios: D. Vicente Palacio Atard, nuestra actual directora y yo mismo. La defensa de la postulación había corrido a cargo del primero de los promotores. Cuantos estuvimos presentes quedamos admirados de la claridad de su exposición y de la justicia de la causa, extensamente expuestas, fluida y de memoria, con las cualidades oratorias que le adornaban, ya que D. Vicente estaba ya prácticamente ciego. Anes, Benito Ruano, Seco Serrano, Palacio Atard... estamos evocando personajes perpetuamente vivos en los anales de la Historiografía y en nuestro recuerdo personal.

Formalizamos públicamente esta tarde un nombramiento acordado por unanimidad en sesión ordinaria según en los términos que el Sr. académico secretario se ha servido leer y que ha recaído, por lo tanto, en uno de los miembros de esta Institución con trece años de antigüedad en su anterior condición de académico correspondiente por Madrid: el marqués de Laserna.

Un hombre de su tiempo, del que ha vivido y del que vive, con lucidez, iniciativa y actividad plenas bajo la luminaria de una gran erudición, presea que debe acompañar al “hombre de mundo” de relieve internacional que es.

Nombramiento que tiene carácter excepcional y que según el artículo 15 de nuestro reglamento debe recaer “en españoles o extranjeros de extraordinaria relevancia, de gran prestigio intelectual por sus publicaciones de Historia, o beneméritos que hayan prestado a la Academia servicios extraordinarios en el desarrollo de sus actividades”. Los redactores de nuestra norma y pauta enumeraron como alternativas unas circunstancias que se dan conjuntamente en una misma persona, lo que convierte este acto en aún más inusual.

Conjunto de circunstancias que ya había resaltado S.M. el rey Juan Carlos I, con la fórmula tradicional “[q]ueriendo dar una prueba de mi Real aprecio y de acuerdo con la legislación nobiliaria española”, al otorgarle el título marquesal de Laserna, lleno de evocaciones históricas familiares, el 8 de abril de 2010.

Ocasión en la que otros dos inolvidables compañeros de Academia, Gonzalo Anes y Jose Ángel Sánchez Asiain, recibieron los suyos.

En la relevancia social del marqués de Laserna no voy a incidir, por ser obvia y cuestión disociable de su mérito personal, expresado en tantas facetas culturales, aunque este haya contribuido sin duda a la primera. En esta cátedra secular se evalúan más significadamente las otras dos: el gran prestigio intelectual alcanzado por sus publicaciones de Historia –valoración como historiador– y los servicios extraordinarios prestados al estudio de las Ciencias Históricas –evaluación como singularmente ameritado en la puesta en valor de una Historia en la que España es potencia cultural universal, porque buena parte de aquella relevancia y de este prestigio lo ha puesto a su servicio–, incluida su condición de cazador con pocos émulos equiparables y de estudioso y narrador del arte venatorio y de su historia, temática de la que dispone de una de las mejores bibliotecas conocidas, obtenida tras un paciente “rececho” bibliográfico, como su sentido del humor asevera. Asunto que también es historia y muy vinculada a tanto rey hispano y a tanto personaje trascendente de cuyas biografías resultaría indisociable. Cuestión sobre la que Iñigo Moreno, esta primera escopeta de España, ha aducido a través de una profusión de publicaciones el más completo de sus defensorios.

Contamos en la Biblioteca de la Academia con un manuscrito único, joya del Segundo Renacimiento, el libro más “prolijo y perfecto” que de caza se ha escrito en España: *Diálogos de la Montería* de Luis Barahona de Soto de mediados-finales del siglo XVI, uno de cuyos dialogantes, Silverio, responde a la invectiva de otro que califica este deporte como vicio: “No tenéis razón, que el vicio es de suyo vituperable, y si este ejercicio lo fuera, no le supiera nadie defender”. Iñigo, al igual que Barahona, lo ha practicado con el arma –no exclusivamente de fuego– y lo ha defendido con la pluma, exponiendo, y no simplemente de paso, su historia desde los clásicos.

Puede parecer difícil de determinar cuál de las dos inclinaciones fue la más temprana en su vida: la afición por la caza mayor en todas sus formas o el interés por la Historia, en este caso, también mayor o con mayúscula. En alguna declaración suya a la prensa ha afirmado que fue a los dieciocho años en que le hicieron “novio”, momento de su consagración como montero y del regalo de su primer rifle, lo que parece indicar una práctica bastante anterior a la del momento “oficial” para la montería. Por otra parte, un ilustre discípulo suyo, ya fallecido, el ilustre musicólogo Juan Bautista Varela de Vega, con motivo de su elección como académico de honor de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid, en 2010, y en su condición de responsable de la preceptiva contestación a su discurso de ingreso por parte de la Corporación, evocó los “Viejos y colegiales pupitres vecinos”. En ellos fueron adentrándose en las disciplinas, literatura e historia y latín, y expresó su asombro ante los conocimientos de Iñigo, ante la facilidad de las traducciones que realizaba y ante su

dedicación a los florilegios latinos e históricos que inspiraron y dieron solera a su profunda cultura los primeros y los segundos le encaminaron preferentemente y con decisión hacia la Historia de América. “¡Cuántas veces —relata el historiador de la música— salieron en nuestras conversaciones nombres pertenecientes a su entorno familiar: Santillana, Infantado, Andes...!”

Si, como es probable, su amor por la Naturaleza —de la que sigue rodeado en el Canto de la Cruz de Colmenar Viejo— y su integración en ella y en los rigores que la caza implica fue anterior, la pregunta parece responderse ahora porque, acudiendo de nuevo al magisterio de ese rústico-erudito del citado personaje Silvano: “las silvas y la soledad y aquel mismo silencio que se debe a la caza, suelen convidar mucho á la imaginación dulce de los estudios”. En 1995, su trabajo *25 años de escopeta y pluma* es un anticipo de una realidad que continúa casi tres décadas después.

Muchas y relevantes han sido sus actividades empresariales, agrícolas, políticas e incluso gastronómicas, lo que también le venía por tradición muy próxima. Viticultor en el Jerez de sus “entretelas” cuyos “Privilegios Reales y Viejos Documentos” investigara y publicara en 1971, es el literato de elegante y amena prosa e inspirada bucólica, merecedor del “Jaime de Foxá” en 2008 en todas partes. También sutil analista de los fenómenos sociales, politólogo y bibliófilo. Múltiples han sido los galardones y los reconocimientos obtenidos por su polifacético humanismo sobre los que no voy a incidir porque no corresponde, ni sería este su deseo. Pero coincido con él en afirmar que el mayor de sus éxitos y de sus bendiciones ha sido el de crear en 1961 y juntamente con S.A.R. D.^a Teresa, princesa de las Dos Sicilias, una ejemplar familia cristiana, también esto le venía de casta.

Hemos recordado el momento en que Vicente Palacio Atard hizo su *laudatio* con ocasión de su elección como correspondiente de esta casa. En ella ya se enumeraron sus méritos como historiador y a cuyos pormenores me remito, no sin aludir a momentos especialmente significativos como el de aquel epílogo lejano y memorable a la biografía de Lenin por Trotsky cuyo excepcional prólogo corrió a cargo de D. Jesús Pabón, tema que continuaría a la hora de presentar su tesis de licenciatura en Historia por la Universidad de Madrid. También a su doctorado *cum laude* por la Universidad Rey Juan Carlos con la tesis *El último virrey, José de la Serna, conde de los Andes*, cuya estructura académica y documental adaptaría poco después en su libro *José de la Serna, el último virrey español* que se centra en el papel jugado por este, nuestro antepasado común, el cuadragésimo virrey tras Blasco Núñez Vela, papel triste pero meritorio, quien intentó compaginar la “filantropía de la paz” con el honor del militar hasta el desenlace final en el que ya denominaban los indios Huamanga, “el rincón de los muertos”, el “Ayacucho” de Bolívar, cerrando en Perú y en toda América continental los siglos de dominación hispana. De la Serna no tuvo mucho tiempo para gobernar

sino para combatir, en espera de refuerzos que nunca llegaron consiguiendo sostenerse tres años más, permaneciendo inverosímilmente aún en la provincia del Cuzco en 1824, como reconocería la investigación de su conducta en España que llevó, no solo a exculparle de toda responsabilidad, sino a recompensar con el hermoso título de conde de los Andes a quien había recibido hasta siete heridas graves en esas altitudes intentando defender lo ya perdido. Título que hoy ostenta, con gran dignidad, alguien también muy vinculado con esta Casa: D. Iván Moreno Landhal, como su VIII titular.

Probada cumplidamente su condición de historiador de especial mérito, solo nos queda subrayar su notorio papel de promotor de la cultura española, consciente de la manifiesta necesidad de ensalzar el valor de la historia de España y de aquellos investigadores de cualquier parte del mundo que han dedicado su esfuerzo y su trayectoria profesional a su estudio de forma especialmente relevante. Para ello ha venido dedicando los últimos siete años a la creación, desarrollo y perfeccionamiento de un premio destinado a promover la cultura española y poner en valor y difundir la historia de nuestra nación desde la exigencia del máximo rigor, objetividad y excelencia, precisando la identificación de España con los principios humanistas más sobresalientes de unas épocas y momentos brillantes del pasado. Se trata, todos lo conocemos por haber adquirido un renombre internacional, del premio “Ordenes Militares Españolas” que comenzó su andadura en 2017 y que contó desde su inicio con el apoyo del rey y también con el de la Academia de la Historia a través de los numerarios y correspondientes que han contribuido en la selección de premiados entre un elenco de antropólogos, modernistas, lingüistas, medievalistas, juristas, historiadores del arte, de la guerra, del comercio, de la Iglesia... así como otros estudiosos de aspectos más puntuales: los historiadores más meritorios a propuesta de instituciones culturales de prestigio internacional con ellos relacionados, que supieron hacer resaltar las condiciones y aportaciones personales mejor que cualquier otro enjuiciador.

El reconocido acierto en las concesiones de las consecutivas ediciones: Sir John Elliott, Miguel Ángel Ladero, Enrique Krauze, Carmen Iglesias, Giovanni Muto y, últimamente, Carla Rahn, han convertido este premio en uno de los de mayor prestigio en el panorama internacional.

Decididamente, ¡Sí!, con este se ha cumplido, acumulativamente además, el requisito final de nuestros exigentes Estatutos para el nombramiento de “académico de honor” de D. Íñigo Moreno de Arteaga, I marqués de Laserna.

HUGO O'DONNELL
CENSOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

AYACUCHO, UNA BATALLA PARA UN CONTINENTE

Señora Directora, Señores académicos, amigos y familiares:

Dice el refrán que es de bien nacido el ser agradecido; pues bien, soy bien nacido; gracias a todos y cada uno de los señores académicos; gracias a Feliciano Barrios, secretario de la corporación; gracias al duque de Tetuán por sus cariñosas palabras y gracias a Carmen Iglesias, condesa de Gisbert, que dirige esta Institución. La Real Academia de la Historia era un sueño desde mi juventud y hoy me acoge en su seno.

Estamos en el templo español de la historia y creo oportuno recordar que dentro de un mes y un día tendrá lugar el doscientos aniversario de la batalla de Ayacucho que decidió la suerte del continente americano, aunque los fuertes de San Juan de Ulúa y el Callao siguieron enarbolando la bandera del rey.

El año 1824 había significado un cambio completo en el horizonte del virreinato del Perú: batidas las tropas patriotas, reconquistados los fuertes de El Callao y recuperada la capital, Lima, Bolívar se tuvo que refugiar en Trujillo a la espera de un movimiento del ejército realista para retirarse hacia Quito. El 22 de abril llegó a El Callao el cónsul de EE. UU. nombrado ante el Gobierno de la República del Perú: “Sorpresa, se halló con el Gobierno del Rey, qué papel tan desairado”¹.

En ese crítico momento se produce la insurrección del general Olañeta para proclamar la vuelta de Fernando VII a la plenitud del poder. Esa información era conocida en el virreinato, pero siempre a través de documentación de los insurgentes y se esperaba la confirmación oficial. La sublevación obligó al virrey a enviar al general Jerónimo Valdés a reducirla.

Bolívar no dejó de aprovechar esa situación, movió su ejército y proclamó: “Así el Perú y la América toda deben reconocer en el General Olañeta a uno de sus libertadores”². El 2 de agosto, nueve mil doscientos hombres del ejército patriota acampaban en el Diezmo, a siete leguas de Pasco³.

Por fin, el 8 de agosto, en el bergantín Tetis llegó un emisario del rey con los pliegos tan esperados. El real decreto tenía fecha de 19 de diciembre de 1823

1 Archivo General de Indias (AGI), *Estado*, 90. Carta de Martín Esaguna a Iparaguirre. Nueva York, 10.VIII.1824.

2 Conde de TORATA. “Proclama de Bolívar. Huancayo, 15.VIII.1824”, en *Documentos para la Historia de la guerra separatista del Perú*. Tomo I. Madrid: Imp. de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1894, p. 194.

3 D. F. O’LEARY. *Bolívar y la emancipación de Sur-América: Memorias del General O’Leary*. Tomo II. Madrid: 1915, p. 305.

—diez meses de viaje— y era muy satisfactorio para La Serna y los mandos de su ejército:

Restituido el Rey N.S. a la plenitud de sus derechos soberanos [...] y como tiene tantas pruebas de la fidelidad con que V.E. sostiene su justa causa en la grande extensión del Virreinato que desempeñaba, quiere S. M. que le manifieste su Real satisfacción, nombrando a V.E. en propiedad Virrey, Gobernador y Capitán General del Perú. Manda igualmente S. M. que a todos los Generales, Jefes, Oficiales y demás individuos que hayan manifestado con su conducta los mismos leales sentimientos que V.E. les dé las gracias en su Real nombre⁴.

Dos días antes, en los llanos de Junín, novecientos hombres de la caballería patriota se adelantaron imprudentemente:

Canterac dio una carga maestra [...] el choque fue tremendo [...] y fue la derrota total de los patriotas a excepción de unos cuantos granaderos a caballo de Colombia [...] y un escuadrón peruano [...] La caballería española, en vez de guardar su primitivo orden o conservar una reserva, se dividieron y dispersaron⁵.

Lo que había sido victoria, se mudó en dolorosa derrota.

“El Libertador, los Generales Santa Cruz y Gamarra con su Estado Mayor se retiraron rápidamente [...] creyendo por mucho tiempo que todo estaba perdido”⁶.

Cuando el virrey se enteró del desastre de Junín, ofició a Valdés ordenándole el inmediato regreso aún a costa de dejar las provincias al sur del Desaguadero en manos de Olañeta, Valdés tenía 2.000 hombres escasos, por lo que incorporó las guarniciones de Cochabamba, La Paz y Puno, con lo que aumentó su fuerza hasta los 4.000 hombres⁷, con los que llegó al Cuzco el seis de octubre tras realizar una marcha de más de 1.000 km.

Bolívar, persiguiendo a las tropas de Canterac, se encontraba imprudentemente cerca del ejército realista que una vez reunido era superior en número y, comprendiendo el error cometido, el 7 de octubre, abandonó sus tropas dejándolas

4 Conde de TORATA. “Oficio del Ministerio de la Guerra. Madrid, 19.XII.1823”, en *Documentos para la Historia...*, op. cit. Tomo I, p. 179.

5 J. MILLER. *Memorias del General Guillermo Miller al servicio de la República del Perú*. Tomo II. Madrid: V. Suárez, 1910, pp. 142-143.

6 M. F. PAZ SOLDÁN. “Carta de Miller. Tarma, 9.VIII.1824”, en *Historia del Perú independiente*. 2º período. Tomo I. Madrid: América, 1919, p. 256.

7 Biblioteca Menéndez Pelayo (BMP). *Cuaderno Ayacucho*. “Diario de operaciones de la última campaña del Perú”, sin firma ni fecha. Documento que figura ser un diario de operaciones, pero cuyos abundantes juicios personales desmienten ese carácter. Da, sin embargo, datos que concuerdan con otras fuentes.

al mando de Sucre y con la esperanza de que La Serna no emprendería ninguna acción en la temporada de lluvias.

El virrey asumió la dirección, nombró al teniente general José Canterac jefe del Estado Mayor y al mariscal de campo Jerónimo Valdés al frente de la vanguardia. El conjunto sumaba 9.310 hombres, 1.600 caballos y 11 piezas de artillería⁸.

El 24 el ejército vadeaba el río Apurímac. La idea del virrey era contornear al enemigo y cortar sus comunicaciones con el norte de donde esperaba recibir refuerzos. Con marchas y contramarchas el ejército real apretó al contrario hasta batirle en Tamará donde este perdió el parque de campaña, sus mulas y caballos de respeto y una de las dos piezas de artillería que le quedaban⁹.

Los patriotas se retiraban y La Serna repetía la guerra de movimientos que tanto éxito le había dado en la campaña de Intermedios. El 8 de diciembre, el virrey se situó sobre los altos de Condorcanqui dominando el campo de Quinoa o Ayacucho donde Sucre se había establecido.

Los dos ejércitos estaban abocados a enfrentarse en una batalla, que había de ser definitiva. Expone García Camba:

Los españoles fueron perdiendo el ganado que conducían para racionar su tropa, considerable número de hombres por enfermos, rezagados y desertores y dejando atrás varias cargas por falta y flaqueza de las mulas, entre ellas cuatro piezas de las catorce que habían sacado a campaña [...] Este ejército, sin medios de subsistencia, no podía permanecer en la observación que le convenía¹⁰.

Y continúa García Camba:

La situación de los enemigos era verdaderamente crítica [...] se hallaban imposibilitados para continuar la retirada sin correr con toda la probabilidad los riesgos de una disolución y [...] no contaban más que con unas setenta reses vacunas para su manutención¹¹.

Amaneció el 9 de diciembre y, a las nueve de la mañana, se reunieron los generales y brigadieres del ejército real para recibir las instrucciones del ataque, según decisión tomada la noche anterior. El terreno donde se iba a desarrollar la

⁸ Estas son las cifras que ofrece (aunque sin expresar el número de caballos, dato que recoge García Camba) C. DELLEPIANE. *Historia militar del Perú*. Tomo I. Lima: Gil S.A., 1931, p. 225.

⁹ C. DELLEPIANE. *Historia militar...*, op. cit., p. 167.

¹⁰ A. GARCÍA CAMBA. *Memorias del General García Camba para la Historia de las armas españolas en el Perú*. Tomo II. Madrid: 1846, p. 298.

¹¹ A. GARCÍA CAMBA. *Memorias del General...*, op. cit. Tomo II, p. 299.

acción constituye una suave pendiente que se descuelga desde la falda de Condorcanqui a lo largo de unos 1.600 m de longitud por 600 m de ancho en su amplitud mayor. A ambos lados, esta superficie casi llana está limitada por dos barrancos, suave el del norte e impracticable el del sur; en medio hay una vaguada de bordes pendientes¹².

Valdés con los cuatro batallones de vanguardia, dos escuadrones de húsares y cuatro piezas de artillería se adelantó al resto del ejército por la derecha para forzar el flanco izquierdo de los patriotas. Monet, con cinco batallones, en el medio del ataque había de descender al llano, tomar el borde contrario de la vaguada central y segundar la acción, una vez que Valdés hubiera tomado ventaja. Villalobos, por la izquierda con otros cinco batallones, tenía que ocupar el borde superior de la quebrada para proteger la descarga y montaje de seis piezas de artillería¹³ y, cuando esto se hubiera realizado, iniciar su ataque siempre que Valdés estuviera fuertemente empeñado en la batalla. El batallón Fernando VII y los dos de Gerona quedaban como reserva. La caballería descendería al llano del ramal.

A las diez se inició el descenso de las divisiones de Monet y de Villalobos con la caballería llevando sus monturas del diestro. Durante esta operación, de efecto imponente, el general Sucre exclamó en su arenga: “De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur”.

Los españoles se mantenían firmes y llenos de una visible confianza: La Serna, Monet y Villalobos presenciando y dirigiendo la formación de sus columnas según descendían al llano¹⁴. Valdés, por su lado, entabló la batalla de acuerdo con el plan de acción y su empuje hizo retroceder a La Mar y motivó que Sucre enviara dos batallones, de los tres que componían la reserva, en auxilio del ala izquierda que estaba comprometida.

Cuando llegó al punto acordado el primer batallón de Villalobos y con tres cañones de a caballo ya montados y armados, su comandante, el coronel Rubín de Celis, al oír el cañoneo de las baterías de Valdés, se lanzó, en solitario a un irreflexivo y prematuro ataque. Sucre no desaprovechó la oportunidad y ordenó que toda la división Córdova interceptara ese batallón, deshaciéndolo por completo y dando muerte a su valiente aunque insensato coronel. El general patriota explotó enseguida esta primera ventaja y ordenó a Córdova avanzar sobre las desorganizadas fuerzas de Villalobos, que el escuadrón de San Carlos tuvo que defender a costa de caer casi entero bajo el fuego enemigo. Los patriotas se apoderaron de las seis piezas de artillería¹⁵.

12 C. DELLEPIANE. *Historia militar...*, *op. cit.* Tomo I, p. 232.

13 Ese día la Artillería Real constaba de 10 cañones de a 4 de montaña, pues el día 8 se había desmontado un cañón. BMP, *Cuaderno Ayacucho*. “Parte del Brigadier Fernando Cacho. Arequipa, 12.II.1825”.

14 J. MILLER. *Memorias del General...*, *op. cit.* Tomo II, p. 175.

15 BMP, *Cuaderno Ayacucho*. “Parte del Brigadier Fernando Cacho. Arequipa, 12.II.1825”.

Canterac, ante este inicio desastroso, mandó que Monet tomara la vaguada central, mientras él con los dos batallones de Gerona, que formaban la principal reserva, acudía al flanco izquierdo restableciendo por un tiempo la batalla. De nuevo Sucre reaccionó con presteza y no dio tiempo a que Monet ocupara el borde sur del barranco, cargando con el resto de la caballería colombiana y dos batallones de la división Lara a los españoles mientras cruzaban el hondo; arrollada esta primera brigada, la segunda no pudo cruzar el accidente sin desordenarse.

En un último intento los españoles lanzaron los tres escuadrones que estaban formados en el centro a cargar desde sus posiciones, siendo recibidos por los colombianos con sus largas lanzas enristradas que consiguieron detener a la caballería realista.

La izquierda y el centro del ejército real estaban totalmente batidos y, aunque Valdés había conseguido sus objetivos, ahora resultaban inútiles.

En ese momento, el ilustre Virrey, esperanzado todavía de lograr contener tamaño desorden y restablecer el combate, se lanzó denodado entre las tropas batidas; pero no consiguieron más sus nobles esfuerzos que verse también arrollado, recibir seis heridas¹⁶ de bala y arma blanca, ser derribado de su caballo y quedar por último prisionero del enemigo¹⁷.

En los altos de Condorcanqui se reunieron con Canterac, que sustituía al virrey prisionero, los generales Monet, Villalobos, Carratalá y Valdés, junto con otros jefes del ejército real y un pequeño grupo de soldados de caballería. Canterac expuso que no había otra posibilidad que la capitulación. Al caer la tarde, apareció el patriota general La Mar ofreciendo una capitulación generosa y los generales Canterac y Carratalá marcharon al campamento enemigo a oír la propuesta de Sucre.

Miller cuenta la entrevista que sostuvo con La Serna, prisionero en una de las miserables habitaciones de Quinoa:

Halló al Virrey sentado en un banco y recostado contra la pared de barro de la choza. Un corto reflejo de la llama de una pequeña lámpara de barro esparcía luz únicamente para que pudiesen percibirse sus facciones, a las cuales, en parte, hacían sombras sus venerables canas, teñidas aún en algunas partes con sangre de la herida que había recibido. Su persona alta, y en todos tiempos noble, parecía en aquel momento más respetable e interesante. La actitud, la situación y la escena, todo reunido, era precisamente lo que

16 Archivo Histórico de los Movimientos Sociales (AHMS), 1ª S-2442. Fueron cuatro las heridas recibidas en Ayacucho, como reza en la última hoja de servicios de La Serna, de diciembre de 1827.

17 A. GARCÍA CAMBA. *Memorias del General...*, op. cit. Tomo II, pp. 305-306.

un pintor histórico habría escogido para representar la dignidad de perdidas grandezas¹⁸.

El mismo día de la batalla, Sucre envió a Bolívar un oficio que es parte de la historia del Perú:

El campo de batalla ha decidido por fin, que el Perú corresponde a los hijos de la gloria. Seis mil bravos del ejército Libertador han destruido en Ayacucho los nueve mil soldados realistas que oprimían esta República. Los últimos restos del poder español en América han expirado el nueve de Diciembre en estos campos afortunados¹⁹.

A pesar de que la batalla que decide la suerte de todo un continente sea un hecho histórico muy investigado, se puede aportar una precisión interesante sobre el número de tropas del ejército realista.

La cifra de los patriotas de 5.780 el día 9 de diciembre no sólo lo atestigua el general en jefe de su ejército, sino que parece muy lógica después de mes y medio de movimientos y de la batalla adversa de Tamará, cuando se sabe que Sucre acampó entre Abancay y Andahuilas en octubre con 7.000 hombres, según relaciona Miller.

Se ha repetido hasta la saciedad la de los realistas, 9.310, que recoge Sucre en el entusiasmo de la victoria²⁰, basándose en los estados apresados, pero sin tener en cuenta que ese número se refiere al inicio de la campaña y no respeta la disminución producida por la desertión y el desgaste de una guerra de movimientos.

El único dato contemporáneo lo ofrece Jerónimo Valdés en su Exposición al Rey Don Fernando VII y es de 6.906 hombres²¹, número que se antoja acorde con la realidad, sabiendo que la desertión era superior entre los realistas, cuyo ejército era más americano que el de los patriotas. Para evitar esas huidas, los realistas estaban obligados a que en cualquier sitio donde hicieran alto tuvieran que disponer alrededor un círculo de centinelas compuesto por los soldados de más confianza y con gran número de oficiales vigilando; además y bajo ningún pretexto podía salir soldado alguno del recinto formado²².

Las bajas producidas en Ayacucho convierten esta batalla en la más sangrienta del continente americano hasta esa fecha. Hubo un total de 979 bajas en el

18 J. MILLER. *Memorias del General...*, op. cit. Tomo II, p. 183.

19 Museo Nacional de Antropología e Historia del Perú (MNAHP), *Partes de guerra*, D.00210. "Sucre a Bolívar. Ayacucho, 9.XII.1824".

20 MNAHP, *Partes de guerra*, D.00213. "Parte de Sucre a Bolívar. Ayacucho, 10.XII.1824".

21 Conde de TORATA. "Estado de la fuerza del Ejército Real el 9.XII.1824", en *Documentos para la Historia...*, op. cit. Tomo I, p. 250.

22 Conde de TORATA. *Documentos para la Historia...*, op. cit. Tomo I, p. 166.

ejército patriota, en el contrario 2.500 bajas²³. Entre ambos ejércitos se produjeron 3.479 bajas del conjunto de 12.686 combatientes, que arroja un 27,42 % de las fuerzas que se enfrentaron.

La causa principal del desenlace fue el ataque prematuro de Rubín de Celis, que desguarneció a las seis piezas de artillería del cuerpo de Villalobos, produjo el avance patriota y el desajuste realista. Los realistas no dispararon nunca con esos seis cañones y recordemos que la artillería era, a partir de Napoleón, el arma decisoria.

Se ha citado la causa inmediata de la derrota, pero el motivo último lo denuncia el fiscal nombrado para el Consejo de Guerra —nunca constituido— que había de entender sobre Ayacucho, haciendo responsable de su resultado al general Olañeta y su insurrección; y lo mismo confesaba La Serna al general conde de Castellone, comandante francés de Cádiz, años después y ya retirado a Jerez de la Frontera. Si nos remontamos al año 1820, habrá que culpar al coronel Riego y los otros conjurados pues su alzamiento de los 18.000 hombres destinados a Buenos Aires abortaron esta expedición y sus posibles consecuencias sabiendo que superaba en cinco mil la suma de los dos ejércitos enfrentados en Ayacucho.

El acierto de La Serna al abandonar Lima el año 1821 y retirarse a los valles interiores fue decisivo en la inesperada reacción del ejército del rey. La riqueza de la capital se basaba en el comercio y con el bloqueo de la escuadra chilena este había desaparecido por completo; sin embargo, la minería y los productos alimenticios provenían del interior y todo eso lo tuvo el virrey a su disposición en el Cuzco.

El interior del Perú estaba mucho más poblado que la costa y pronto hubo reclutas para nutrir las filas y cubrir las numerosas bajas. Luego la capacidad de organización del virrey obró el milagro de cambiar unas tropas vencidas en cuerpos organizados, bien vestidos y pertrechados. El jerezano era un militar atento a todos los detalles, pensaba que solo es eficaz un ejército si funcionan los cuerpos auxiliares y no se deja nada a la improvisación.

Faltaba armamento, pero incluso esa carencia pudo paliarse con buques extranjeros que recalaban en los puertos intermedios y con los arrebatados al enemigo porque de la Península no llegó auxilio ninguno.

Durante el mando de La Serna como virrey no se recibió ayuda alguna y la falta de una escuadra del rey obligó a que toda la correspondencia tuviera que viajar en buques extranjeros o circulara a través del Brasil y, a menudo, era interceptada por los insurgentes.

La hazaña de montar unos cuerpos sin ayuda de la metrópoli y convertirlos en un ejército victorioso merece todo elogio y los adversarios así lo reconocieron. Bolívar, en carta a Canterac, afirma:

23 M. F. PAZ SOLDÁN. “Parte de Sucre a Bolívar. Ayacucho, 11.XII.1824”, en *Historia del Perú...*, op. cit. Tomo I, p. 281.

puedo decir que la conducta de ustedes en el Perú como militares, merece el aplauso de los mismos contrarios. Es una especie de prodigio lo que ustedes han hecho en este país. Ustedes solos han retardado la emancipación del Nuevo Mundo, dictada por la naturaleza, y por los destinos. [...] Suplico a usted se sirva ofrecer mis sinceros respetos al señor General La Serna, cuyas heridas, aunque dolorosas, le cubren de honor²⁴.

El general patriota Guillermo Miller:

No puede negarse que los generales españoles merecen gran crédito por el talento y perseverancia con que prolongaron una lucha tan sangrienta y difícil por años enteros, después que la madre patria cesó de suministrarles toda clase de auxilios. A pesar de que podamos diferir en cuanto a los principios que defendían, en honor a la verdad debe decirse que, como soldados bizarros, pelearon valerosamente hasta el último momento, y son acreedores con justicia a los mayores encomios²⁵.

Termino con la donación de un documento curioso, el álbum de fotos del rey Francisco de Asís, fechado en 1864, que reúne cerca de doscientas fotografías de personajes de la época: realeza, políticos, literatos y músicos hasta alguien tan lejano en el espacio como el presidente Lincoln en una imagen inesperada sin barbas. El rey consorte legó su biblioteca al único nieto que llegó a conocer, el infante Alfonso, heredero entonces de la corona e hijo de la princesa de Asturias y este a su hija primogénita, mi esposa; ahora por mi mano llega a la Real Academia.

Dije al principio que la Academia era la ilusión de mi vida, durante sesenta y tres años Teresa ha sido la guía de esa vida y ella deseaba también colaborar en la fiesta.

He dicho.

MARQUÉS DE LASERNA
ACADÉMICO de HONOR de la REAL ACADEMIA de la HISTORIA

24 D. F. O'LEARY. "Carta de Bolívar a Canterac, 1824", en *Bolívar...*, *op. cit.*, pp. 371-372.

25 J. MILLER. *Memorias del General...*, *op. cit.* Tomo II, p.221.